



LA INDOLENCIA CORREGIDA.

Víctor era un niño indolente que no pensaba más que en jugar desde la mañana hasta la noche. Un día su padre le llamó y le dijo:—Hijo mio, veo que no haces nada mientras estás en casa, y que si permaneces más tiempo en ella serás un perezoso toda tu vida. He resuelto que desde mañana vayas á un colegio poco distante de esta capital. Verémos cómo te portas; en la inteligencia de que si continúas con tan poca aplicación al estudio te enviaré aún más lejos, pues de ninguna manera quiero que seas un perezoso.

—¡Ay, papá! respondió Víctor, ya no seré perezoso, lo aseguro; téngame V. unos pocos días más en casa, y ya lo verá.

—Muchas veces me has prometido eso mismo, y nunca has cumplido tu palabra. Para que pierdas tu indolencia es preciso que sufras algun cas-

tigo, y así disparte á salir mañana.

El pobre Víctor lloró, gritó, se desesperó; pero tuvo que obedecer. A los primeros días cumplió con su obligación; mas bien pronto se dejó llevar de su pereza. Durante las horas de estudio estaba pensando en otra cosa, y no atendía á lo que sus maestros decían.

—Querido niño, le repetían éstos, ¡cuántas desgracias te preparas! Tu fortuna pende de la vida de tu papá, y es preciso que trabajes para asegurar tu suerte. ¡Qué pena será la de tus buenos y respetables padres cuando vean que eres tan ignorante aquí como en tu casa, y que vuelves á ella con los mismos defectos que ántes! ¡Cuánto sentirán haberte enviado á nuestro lado! Ofender á los que nos han dado el sér es ofender al mismo Dios, y este temor es el más saludable para un niño.

Estas reconvenciones no hicieron impresion á Víctor, que continuó desaplicado y perezoso. Un dia en que, siguiendo su culpable costumbre, estaba sin hacer nada, recibió una carta con lacre negro: la abrió y leyó lo siguiente:

«Tu padre ya no existe, querido hijo mio; Dios se le ha llevado ayer de este mundo. Yo he perdido en él mi mejor amigo, y tú no volverás á ver á un padre que te amaba tan tiernamente; tú solo me quedas para aliviar mi dolor y prodigarme algun consuelo. Te escribo las últimas palabras de tu padre:

«Pueda nuestro hijo, me dijo estrechándome la mano por última vez, pueda nuestro hijo volver á tu lado enteramente corregido de su indolencia y de su ociosidad, y cifrar su felicidad en contribuir á la tuya.»

»Lee repetidas veces, querido hijo, las últimas expresiones de tu padre, y estoy segura de que harán profunda impresion en tu corazon, y que te animarán á seguir los consejos que te ha dado el autor de tus dias. Yo seré feliz si tú eres aplicado y si veo que aprovechas la educacion que hemos procurado darte; pero si vuelves ignorante y sin amor al trabajo no podré resistir la pesadumbre; porque te advierto, querido hijo, que no puedo tenerte mucho tiempo en el colegio; mis medios no me lo permiten. Los dos hemos perdido nuestro único apoyo. Tu apasionada madre, que siempre te ama tiernamente.»

Víctor, despues de leer la carta, quedó como herido por el rayo. Vertió un torrente de lágrimas; juntando las manos, levantaba los ojos al cielo; leyó cien veces la carta de su madre; mas al llegar á las últimas expresiones de su padre, nunca podia continuar. Por la noche no podia cerrar los ojos, pensando siempre en su padre y en las reconvenciones que merecia por su mala conducta. Luego se acordaba de su madre, y decia: «Cuando vuelva á casa y vea mi letra; cuando tenga que ajustar alguna cuenta; cuando me pregunte mi leccion de geografía, de historia ó de religion y no sepa responder; cuando vea mis libros tan nuevos como al tiempo de comprarlos, ¿qué pena no tendrá mi buena madre? ¡Oh, cuán imposible es recuperar el tiempo perdido! Bien pronto tendré doce años, y he adelantado lo mismo que cuando tenía cuatro.» Al decir esto se agitaba en la cama, y no pudo dormir en toda la noche.

Al ser de dia se levantó, y presentándose al director del colegio, le dijo con lágrimas en los ojos: «Hasta ahora, señor, he sido un perezoso, sin aprender nada. Conozco las funestas consecuencias de mi negligencia y falta de aplicacion. Me arrepiento sinceramente de mis faltas, y quiero repararlas en cuanto sea posible: dígame usted lo que debo hacer para esto, y me someteré á todo lo que me mande.»

Conmovido el director por las palabras y afliccion del pobre muchacho, le dijo:

«Querido, el tiempo mal empleado está irrevocablemente perdido para tí. Es preciso aprovechar mejor el que resta para que no tengas motivo de arrepentirte en lo sucesivo. Principia desde hoy á aprender tus lecciones y á prestar atención á cuanto se te diga. Que tu tarea esté desempeñada ántes de la hora señalada, y como hasta ahora has perdido mucho tiempo, para recuperarle en lo posible emplea en el estudio una parte de los días de fiesta y de vacaciones.»

Víctor dió las gracias á su sabio maestro por sus consejos, y los siguió desde aquel mismo instante. Se aplicó al estudio con tanto ardor como placer, y nunca jugaba hasta haber concluido la obligación. Si le

acometia algun acceso de pereza, abria al instante la carta de su madre, y leyendo las últimas palabras de su padre moribundo cobraba ánimo y se afirmaba en sus buenas resoluciones, hasta que se acostumbró enteramente al trabajo.

Cuando volvió al lado de su madre, que le tuvo un poco más en el colegio, la sirvió de consuelo y sobrepujó sus esperanzas. Agradecido á las privaciones que se habia impuesto por él, tuvo á tan buena madre un afecto que nunca se desmintió: la alivió en sus ocupaciones, fué el báculo de su vejez y sembró de flores su tumba. ¡Qué placer mayor para un hombre bien criado!

J. M. BALLESTEROS.

ECOS DE AMOR.

Á MI HIJO JOSÉ DEL OLVIDO.

Todo es calma en torno mio;
No hay un rumor ni un acento,
Parece que duerme el viento
En la region del vacío.

Allí, entre los vagos tules
De las nubecillas bellas,
Miro brillar las estrellas
En las bóvedas azules;

Y, esmaltándolas de plata,
Vierte su fulgor suave
La luna, que en la ancha nave
Su plácida luz dilata.

Aquí, en la grata mansion
Que es de mi amor bello nido,
Se oye de mi hijo dormido
La dulce respiracion.

Pura y bella cual ninguna,
Luciendo su eterno brillo,
Una Virgen de Murillo
Guarda y corona su cuna.

Arde ante ella débilmente
Una luz, y su fulgor
Baña de mi ángel de amor
La pura y serena frente.

¡Qué hermoso está! En sus cabellos,
Que son de mi amor tesoro,
Brillan matices de oro
Que la luz refleja en ellos.

Sus labios, frescos y rojos,
Se agitan en un suspiro;
Con franjas de seda miro
Velados sus negros ojos.

Su mano tiende hácia mí,
 Como buscando la mia,
 Que ántes asida tenía,
 Pues ¡ siempre se duerme así!
 En su movimiento vário
 Descubre su pecho hermoso,
 Y sobre él muestra un piadoso
 Y sencillo escapulario.

—Virgen de la Concepcion,
 Librale siempre del mal,
 Que tu imágen celestial
 Lleva sobre el corazon.

A tí tiende sus manitas
 Al despertar cada dia,
 Y en su balbucir te envia
 Dulces palabras benditas.

Las flores que hay en tu altar
 Su tierna mano las deja.....
 Te manda un beso..... y se aleja
 Sin dejarte de mirar.

Ya que mi ángel, que aún no siente,
 Empieza á quererte tanto,
 Cubre, Madre, con tu manto
 Su blanca cuna inocente.

Aleja de él los dolores
 Que tanto hieren el alma,
 Y pase su vida en calma
 Por una senda de flores.—

.....
 ¿Qué hora será? en el espacio
 Se apagan ya lentamente

De la luna refulgente
 Los fulgores de topacio.
 Su blanca luz palidece;
 El cielo se descolora;
 ¿Qué luz es esta? ¡ah! la aurora
 Que en el oriente aparece.....

Cesa el silencio suave
 Que envuelve al mundo en la noche,
 Despliega la flor su broche
 Y empieza á cantar el ave.

Ya se aumentan los rumores;
 Las aves, en su armonía,
 Saludan del nuevo dia
 Los magníficos albores.....

¡Ay! de la luz el destello
 Y ese murmurio prolijo
 Van á despertar mi hijo:
 ¡Y está dormido tan bello!

¡Ay, callad, callad os pido!
 Despues cantaréis, más tarde,
 Cuando yo amante no guarde
 El sueño á mi ángel querido.

¡Ahora duerme tan risueño!.....
 ¡Con los ángeles soñando
 Estará, miéntras cantando
 Velo yo su dulce sueño!.....

.....

PATROCINIO DE BIEDMA,

1871.



NIÑOS CÉLEBRES.

(Continuacion.)

Aunque era tan jóven mi querido Quintiliano, sabía ya dominar sus deseos y reprimir sus pasiones, cosa tan difícil aún en los hombres, que por lo general se dejan dominar por ellas; y lo que es aún más, había logrado triunfar de dos debilidades harto frecuentes en la humanidad, como son el temor y la pusilanimidad.

Así es que los médicos y todos mis amigos se admiraron al contemplar su entereza durante una enfermedad de ocho meses. ¡Cuánta fuerza en su espíritu! ¡Qué grandeza de alma ha manifestado! ¡Qué de precauciones, sobre todo! ¡Qué de tierna y viva solicitud cuando me veía en su presencia! ¡Qué de esfuerzos en los postreros instantes de su vida, tanto para alentar mi abatido espíritu, cuanto para irme preparando al rudo golpe que había de sembrar la desesperacion en mi alma, y que conduce á toda prisa mi existencia á la oscuridad de la tumba!

Respuesta dada á su padre por un discípulo de Zenon.

Los niños, ha dicho un sabio, deben sufrir con la mayor resignacion el trato severo y riguroso de los padres y someterse al castigo sin la menor resistencia.

Un jóven ateniense había asistido

largo tiempo á la escuela de Zenon, filósofo de la antigua Grecia. Cuando regresó á la casa de su padre, preguntóle éste que qué era lo que había aprendido bajo la direccion de tan celebrado filósofo, á lo cual el jóven se limitó á contestar: «V. lo irá juzgando por los resultados.» El padre tomó esta respuesta y el silencio que á ella siguió por una declaracion tácita de los escasos frutos que su hijo había obtenido de la enseñanza, y montando en cólera empezó á increparle agriamente pasando de las reprensiones á los golpes. ¿Con que es decir, desgraciado, que has perdido dolorosamente el tiempo? ¿Es decir que han sido inútiles los sacrificios que me ha costado tu educacion? Y al mismo tiempo se lanzó sobre él y le llenó de golpes. El pobre jóven sufrió este mal trato con la resignacion de un mártir, y cuando vió calmada la cólera de su padre, con toda la humildad de un verdadero filósofo, de un filósofo cristiano: «Vea V., padre mio, vea V. lo que he aprendido en la escuela de Zenon; á sufrir con paciencia el mal trato de mi padre.»

Amor filial de Eneas.

Después de la toma é incendio de Troya, los griegos, movidos un tanto

á compasion por la desgracia de los moradores de aquella arruinada ciudad, autorizaron un acto humanitario permitiendo que todo ciudadano libre saliese de la poblacion, llevando consigo los objetos que más en estimacion tuviesen. Súpolo Eneas, príncipe troyano, y al punto corrió adonde estaba su padre Anchises, pobre anciano, á quien los muchos años tenian inútil, y cargándole sobre sus espaldas se dispuso á partir. Asombrados los griegos con tan noble ejemplo de amor filial, procuraron recompensarlo, dejando á Eneas disponer de todos sus bienes. Este hecho demuestra que aún los mismos enemigos no pueden menos de admirar el ejercicio de la más santa de todas las virtudes, y que ni aún el encono de la guerra puede impedir que se pague el justo tributo á que se hace acreedor un hijo como Eneas, que lo pospone todo á la salvacion de su padre.

Prodigios del amor filial.

Creso, el opulento rey de Lydia, tenía un hijo llamado Atys que era mudo, aunque de una hermosa figura y de un talento preclaro. Ningun medio habia omitido la ciencia para hacer recobrar el habla á este príncipe, pero todo fué inútil, y hasta la célebre Pythia, oráculo de Delfos, habia contestado, segun cuenta Herodoto, á una consulta del monarca lydio, en la siguiente forma:

«¡Oh Creso, rey de Lydia y muchos pueblos
Que ciegos obedecen tus mandatos:
No con ardor pretendas en tu casa,

Necio, escuchar la voz del hijo amado.
Mejor sin ella está; porque si habláre,
Para tí empezarán dias infaustos.

Prescindiendo de la importancia é interpretacion que pudiera darse á la voz de aquella mentida profetisa, es el caso que Atys habia llegado á la adolescencia sin que fuese posible corregir el defecto orgánico que padecia.

Cuando los persas, mandados por Cyro, se apoderaron de Sardes, capital de la Lydia, uno de los soldados del ejército vencedor halló á Creso, y sin saber que fuese el rey dió tras él espada en mano con intencion de matarle. Atys, testigo de esta escena, viendo al persa en ademán de descargar el golpe sobre su padre, que abrumado por el peso de su negro destino ni se cuidaba de esquivar su muerte, lleno de agitacion, horrorizado por aquel espectáculo, hace un esfuerzo supremo, quiere gritar y exclama: «Hombre, no mates á Creso.» Esta fué la primera vez que aquel jóven habló, y como si Dios hubiera querido premiar el amor filial de aquel gentil, otorgóle en lo sucesivo el uso del inestimable dón de la palabra, y despues de su muerte la reputacion más lisonjera que puede honrar á la humanidad.

El amor filial entre los persas.

Pues que de las excelencias de esta virtud venimos hablando y hemos citado un ejemplo que recordamos de la historia de Persia, no será fuera de propósito que consignemos aquí un testimonio de lo que tal sen-

timiento significaba entre aquellos antiguos pueblos, que por cierto no pueden presentarse como un modelo de civilización de sus tiempos, por más que en lo que vamos á citar presenten un ejemplo digno de imitación.

Cuenta el historiador que hace poco hemos citado y que vivió más de cinco siglos ántes de la era cristiana y fué contemporáneo de Tucídides, aunque de mucha más edad que éste, cuenta, repetimos, que hasta su tiempo nadie hubo en Persia que diese muerte á su padre; y que cuantas veces se habia dicho haberse cometido tan horrendo crimen, si se hubiesen hecho las averiguaciones necesarias, hubiera resultado ser supuestos hijos los acusados de tamaña infamia; porque no creían verosímil que un padre verdadero muriese nunca á manos de su propio hijo.

El mismo Cyro, persa de nacion, á quien su abuelo Astiages, rey de la Media, mandó matar, y que se salvó por una casualidad, cuando corriendo los tiempos, hizo la guerra y venció á los medos, no se atrevió á llevar más allá su venganza, conservando cerca de sí y con la consideración debida al desventurado Astiages.

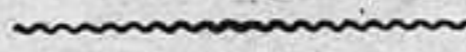
Excelente rasgo del jóven Escipion en la batalla del Tessino.

Es indudable que el amor filial, este sublime sentimiento tan arrai-

gado en las almas bien nacidas, ha sido en muchas ocasiones origen de valor heroico, en débiles niños que han mostrado todo el ardimiento propio, sólo de hombres formados á la vista del peligro, á que veian expuesto á un padre querido ó á una madre desgraciada. El célebre general romano, que despues de su expedición gloriosa al Africa adquirió el renombre de el *Africano*, es un brillante ejemplo de esta verdad. Combatia su padre á orillas del Tessino, rio de Italia, contra el formidable ejército que mandaba Anibal. Las águilas romanas llevaban la peor parte en la pelea, y el cónsul que las mandaba cayó gravemente herido.

Avisado á tiempo el jóven Escipion, aunque se hallaba, por cierto, muy léjos todavía de tener las fuerzas y arrojo de un hombre, vuela hirviente en ira, y metiéndose como leon enfurecido por entre las huestes cartaginesas, llega al sitio donde se hallaba su padre tendido en tierra y bañado en sangre; cúbrele con su escudo sostenido en la izquierda mano, al paso que blandiendo con la diestra su tajante espada líbrase de los repetidos golpes del enemigo, y logra de este modo salvar á su padre. Con esta brillante proeza señaló Escipion su primer campaña, demostrando así todo el valor que andando el tiempo le conquistó tan alto puesto en la historia.

(Se continuará.)



ESCENAS INFANTILES.



Estar todo el santo día jugando con los animales no es propio de niños bien educados. Bueno es que algún rato lo dediquen al juego y á dar de comer á los animalitos, pero todo el día, como hacen esos niños, me parece un exceso en verdad.



ESCENAS INFANTILES.



LECCION DE COSTURA.

Es preciso que la niña aprenda á coser para ayudar á su madre, y hacer alguna camisa á su padre, que son pobres, y es justo que la niña les pague el grande amor que les debe, trabajando para ellos.

LA PANACEA.

CUENTECILLO.

I.

Un médico de aldea
Se propuso á Madrid hacer un viaje,
Y acá llegó provisto de un brebaje,
Al que por nombre dió *la panacea*.
« Con este invento, exclama,
Engañaré á los bobos en la córte,
Que aquí es muy fácil conquistar la fama;
Y luégo, con su importe,
Regresaré á mi hogar acaudalado,
Donde seré querido y respetado.»
Poner hizo en la puerta de su casa
Un cartelon tremendo, que decia:
« ¡ NO MÁS ENFERMEDADES! » — El que pasa,
Al ver lo que el anuncio prometia,
Entra á pedir, contento,
Un frasco ó dos del salvador invento.
Acuden, pues, solícitas las gentes
Que en busca van de la salud perdida,
Y dice á los pacientes:
— ¡ Eso á los muertos volverá la vida!
— Me basta que me cure el reumatismo,
Uno le dice: — ¡ Sanaré con esto?
Y el médico responde: — ¡ Por supuesto!
— ¡ Y la tisis? — Tambien. — ¡ Y el *croup*?
[— Lo mismo.
— Se encuentra mi mujer con tifoidea.
— Con un frasco es bastante.
— Tengo aneurisma. — Ahí va mi panacea.
— ¡ Y yo, que sufro una fluxion constante?
— Como el mal es sencillo,
Basta llevar el frasco en el bolsillo.

II.

Ántes de un mes la fama
De aquel invento universal tenia
A la córte postrada en una cama
Con las dolencias que ántes no sufría,
Y el efecto aseguran que era tanto
Que iba á llenarse pronto el campo-santo.
La humanidad doliente lanzó un grito
Contra aquel específico maldito,
Quejándose del trato
Del médico impasible que cobraba
La cura del paciente que mataba;
Llega, aunque tarde, el proto-medicato
Y anuncia en la *Gaceta*
Que le extraña el efecto producido,
Pues bien analizada la receta,
A un químico entendido
La fórmula le dió por resultado
Muy buenos *simples*.... los que la han usado.
La prensa en masa grita,
Y pronto al charlatan desacredita;
Que, al verse avergonzado,
Reniega de su inútil panacea,
Y vuelve triste, pobre y humillado
A su mísera aldea,
Donde, sabiendo todos lo que pasa,
Nadie le llama á visitar su casa.

*Dan la ciencia, el estudio y los afanes;
Ser hombre universal lo alcanzan pocos;
Los que lo dicen son los charlatanes,
Que empiezan necios y concluyen locos.*

T. GUERRERO.

ARTE DE AYUDAR Á LA MEMORIA (1).

II.

Expuestos ya, aunque á grandes rasgos, los tres procedimientos fundamentales que constituyen este arte, y que consisten en las *palabras numéricas*, las *localidades* y las *voces análogas*, vamos á descender á sus

(1) Véase el número 4.

aplicaciones prácticas, comenzando, como es natural, por el primero, y acaso el que más dificultades presenta.

Por palabras *numéricas* se entienden aquellas que representan números; y así como los matemáticos se sirven sólo de diez guarismos para expresar las cifras todas de la arit-

mética, nuestra clave son diez números, desde el cero al nueve inclusive, con los que tenemos bastantes para formar todas las palabras de la lengua, reduciéndolas á sílabas, á las que llamaremos *articulaciones*.

Las vocales nada suponen para nosotros: se consideran mudas, pronunciando sólo las consonantes; pues los mnemonistas, más lógicos en esto que los gramáticos, no dicen *ene, efe, ele, ese*, sino *ne, fe, le, se*, si bien añaden á cada consonante una *e*, porque de otro modo no habria medio de darlas sonido.

Cada una de estas *articulaciones* hasta diez corresponde á un guarismo, estableciendo una regla fija para traducir éstos en palabras; pero como los diez números cardinales no representan más que otras tantas sílabas, preciso es ampliar la base, agregando á estos diez monosílabos principales sus equivalentes por analogía, pronunciaci3n 3 sonido en la forma siguiente:

Números cardinales.	Articulaciones fijas.	Articulaciones equivalentes.
0.	<i>se.</i> . . .	<i>ce, cho, xe, ze.</i>
1.	<i>te.</i> . . .	<i>de.</i>
2.	<i>ne.</i> . . .	<i>ñe.</i>
3.	<i>me.</i> . . .	»
4.	<i>re.</i> . . .	»
5.	<i>le.</i> . . .	<i>lle.</i>
6.	<i>je.</i> . . .	<i>ge, gue, güe.</i>
7.	<i>ke.</i> . . .	<i>que.</i>
8.	<i>fe.</i> . . .	<i>ve.</i>
9.	<i>pe.</i> . . .	<i>be.</i>

La importancia de aprender bien la relacion que existe entre las articulaciones y los números no puede

desconocerse, porque es el punto de partida para todas las operaciones sucesivas en su aplicacion á la historia, á las ciencias, al estudio de los idiomas, etc., dando fórmulas á las declinaciones, conjugacion de verbos, y hasta á la música, á la manera que para aprender á leer es preciso empezar por el alfabeto y el silabario; por eso insistimos en fijar bien estos datos, sin cuyo ejercicio nada puede adelantarse.

Pasemos á demostrar por medio de algunos ejemplos lo que dejamos consignado, y elijamos alazar el 4. 8. 0. 1.; pongamos debajo de estos números sus respectivas articulaciones. . . *re. ve. se. te.*, y formemos, añadiendo las vocales suprimidas, la palabra *re-vis-ta*.

Un sujeto que tuviera que hacer una suscripcion á la REVISTA DE LOS NIÑOS, escribiria en su cartera el número 4.801, que ninguna significacion tiene para los demas, y que traduce perfectamente la palabra *Revista*.

Esta misma operacion puede hacerse en sentido inverso, es decir, convirtiendo la palabra en una cifra cualquiera. Otro caso práctico nos confirmará esta verdad.

Supongamos que al pasar por una calle encontramos á un amigo que está haciendo obra en su casa; que este amigo se llama *Genaro*, y preguntándole cuándo se edificó aquella finca, nos dice que la hizo su padre el año 1814, habiendo fallecido poco despues en los baños de Fitero. A los tres últimos números corres-

ponden las articulaciones *fe te re*; añadiendo las vocales suprimidas, nos dan la palabra *fi te ro*; y para acordarnos del año en que se edificó la casa, construimos una fórmula, diciendo: «Tal vez no se habría muerto el padre de Genaro si no hubiera ido á *Fitero*.»

La frase con que esta oracion termina la llamaremos *voz data*, que es la que importa retener en la memoria, porque sus articulaciones en esqueleto *fe te re* traducen el año que deseamos recordar, sin que importe que se borren las demas palabras que constituyen la fórmula, ó sea su texto variable. Prescindimos de intento del millar, porque no cabe equivocacion en que el padre de nuestro amigo, que hizo la casa en aquella fecha, hubiera existido mil años ántes; y esta regla de *economía* para abreviar las *voces datas* la seguiremos siempre que las épocas no puedan confundirse.

Hemos elegido un ejemplo claro y sencillo para que se comprendan sin dificultad las reglas en que la mnemotecnia estriba; pero entiéndase bien que en la mayor parte de los casos no hay la misma analogía, y es preciso dársela al número y á su articulacion, como lo verificaremos.

Sigamos más adelante: este mismo sujeto se encuentra enfermo de gravedad, y nos suplica le paguemos el dividendo de la Sociedad de Seguros de incendios, y como para que el tesorero nos facilite el recibo es circunstancia precisa decirle el número que tenga la póliza de la casa inscri-

ta, se lo preguntamos, y él, que lo sabe de memoria, porque hace muchos años que viene pagando su cuota, nos manifiesta que es el 6.288; mas no teniendo allí cartera ni lápiz recurrimos á la mnemotecnia, y partiendo del rasgo más característico de nuestro amigo Genaro, que es su gran vivacidad, construimos esta fórmula: «Nuestro amigo G. tiene el *genio vivo*. Las articulaciones de esta *voz data* ya hemos visto que son *ge. ne. ve. ve.*, equivalentes á los números 6. 2. 8. 8., que es el de la Póliza.»

Con estos ejemplos basta para comprender la mudanza de números en articulaciones y palabras, si se añaden las vocales, y el procedimiento que se sigue en sentido inverso traduciendo palabras á números. Sin embargo, como es la base de todo el sistema de este arte, conviene especificarlo más para no dejar ninguna duda al principiante.

Descompuestas de la manera indicada las palabras numéricas, formamos un cuadro (ya sea con números romanos ó árabes, que esto es indiferente) que comprenda las diez unidades, como se expresa en el que señalamos con el núm. 1; otro solamente de números impares, colocándolos en las casillas que les corresponden, y que son los cuatro ángulos, y el centro, que, áun cuando parezca cosa trivial, no deja de ser importante para recordar el lugar que cada uno ocupa, segun vemos por el del núm. 2. Al frente de éste presentamos otro, núm. 3, que demuestra con exactitud la correspondencia de

los números 0. 1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. con las articulaciones fijas ó fundamentales y las agregadas *se, ce, che, xe, ze: te, de: ne, ñe: me: re: le, lle: je, ge, gue, güe: ke, que: fe, ve: pe, be.* Y por último, como complemento de todo esto, el cuadro nú-

mero 4, que es una fórmula sencilla para grabar en la memoria los números *cardinales* y sus *articulaciones* respectivas: en sabiendo bien ésta ya podemos olvidar los cuadros anteriores.

N.º 1.

Cero.		
I.	II.	III.
IV.	V.	VI.
VII.	VIII.	IX.

N.º 3.

○
se. ce. che. xe. ze.

N.º 2.

1.		3.
	5.	
7.		9.

1. <i>te. de.</i>	2. <i>ne. ñe.</i>	3. <i>me.</i>
4. <i>re.</i>	5. <i>le. lle.</i>	6. <i>je. ge. gue. güe.</i>
7. <i>Ke. que.</i>	8. <i>fe. ve.</i>	9. <i>pe. be.</i>

N.º 4.

○ Si.		
1. <i>tu</i>	2. <i>no</i>	3. <i>me</i>
4. <i>ries</i>	5. <i>lé-</i>	6. <i>jós</i>
7. <i>¡ qué</i>	8. <i>fel-</i>	9. <i>pa!</i>

Nada más fácil á los niños que aprender de memoria este último cuadro con una sola vez que se les explique.

Supóngase que un niño da tan fuertes carcajadas al oído de su madre cuanto ésta le tiene en su falda, y que poniéndole de pié en el suelo, exclama: «*Si tú no me ries léjos, ¡ qué felpa!*»

Sus articulaciones son: *se te ne me re le je que fe pe.*

La fórmula no es tan ridícula que carezca de sentido, y es indispensable, es elemental para las diversas aplicaciones del arte de ayudar á la memoria, como lo demostraremos en capítulos sucesivos.

M. J. PASCUAL.

LA RAZON Y EL INSTINTO EN LOS ANIMALES.

(Continuacion.)

El rasgo siguiente ha tenido por testigo ocular á una persona digna de ser creida. Refiere ésta, que paseando un dia en una pradera cerca de la ciudad de Worcester, vió una corneja, una urraca y un grajo, empeñados los tres en un combate sangriento. Dicha persona se puso á observar atentamente el campo de batalla, y pudo notar que la corneja habia resuelto la muerte del grajo, y que la urraca combatia magnánimamente para defenderle. Varios rudos asaltos habian tenido lugar ántes de que se interpusiera en la pelea, lo que hizo sólo cuando vió que el grajo iba á sucumbir, á pesar del valor que desplegaba la urraca. Una vez decidido á no permanecer neutral en aquel asunto, se adelantó hácia el lugar del combate. La batalla seguia con tal encarnizamiento, que le hubiese sido fácil apoderarse de los tres antagonistas ántes de que éstos notasen su

presencia. El pobre grajo, medio muerto á consecuencia del furioso ataque, tenía una de sus alas rota por la corneja. Un aldeano que tambien habia presenciado la pelea se llevó al pobre herido, prometiendo cuidarle con esmero. Durante este tiempo nuestros dos atletas se habian separado, y la urraca seguia gritando como una verdulera é injuriando á la corneja en términos cuyo sentido es fácil adivinar.

Una admirable Providencia se deja ver en los nidos de los pájaros: no pueden contemplarse sin enternecerse, por revelar esa bondad divina que da industria al débil y prevision al indolente.

Un acreditado autor contemporáneo dice que en cuanto los árboles han desarrollado sus flores, mil obreros empiezan sus trabajos. Éstos van llevando pajitas á un agujero de una antigua pared, aquéllos construyen

sus moradas en las ventanas de una iglesia, otras quitan una crin á una yegua, ó bien una vedija de lana que la oveja se deja enganchada en cualquier maleza. Hay hasta leñadores que cruzan ramas en la cima de un árbol, hilanderas que recogen la seda sobre un cardo. Mil palacios se elevan, y cada palacio es un nido, cada nido presencia mil encantadoras metamorfosis; primero un hermoso huevo, luego un pajarillo cubierto de plumon ó pelusa, que poco á poco se convierte en pluma, y al que su madre enseña á poner en pié en el nido; luego se permite subirse sobre el borde de su cuna, desde donde dirige una mirada sobre la naturaleza. Temeroso y encantado se precipita entre sus hermanos, que todavía no han contemplado ese espectáculo; pero llamado por sus padres, sale por segunda vez de su morada, y ese jóven rey de los aires, que aún lleva la corona de la infancia alrededor de su cabeza, se atreve ya á contemplar ese inmenso cielo, la cima ondulante de los pinos y los abismos que se hallan al pié del roble paternal. Y mientras que los bosques se regocijan al recibir á su nuevo huésped, un pájaro viejo que se siente abandonado de sus alas viene á caer al lado de una corriente de agua; allí, solitario y resignado, espera tranquilamente la muerte al lado del mismo lago donde cantó en otros tiempos, y cuyos árboles aún sostienen su nido y su descendencia.

Las posiciones que escogen los pájaros para sus nidos y el modo de

construirlos son tambien tan notables como los materiales que emplean. Esta diversidad ocurre tambien en las especies cuyas costumbres y necesidades idénticas debieran al parecer inspirar un mismo modo de operar. Los pájaros que hacen sus nidos al principio de la primavera parecen reclamar más calor y proteccion para sus pequeñuelos. El mirlo y el tordo enyesan el interior de su morada con una especie de tierra gredosa que la hace impermeable á los vientos rigurosos que suelen reinar en esa estacion. El gorion comun construye á veces cuatro ó cinco nidos durante el año, tan pronto al borde de un tejado ó de un canalon, tan pronto sobre la espesura de un pino, ó bien en el verdoso cercado de un jardin. Aquí compone su albergue de una porcion de pajas menudas ó de heno, ó bien con las plumas que hurta en los corrales. La paloma torcaz y el grajo elevan sus débiles construcciones sobre la cima de los bosques ó sotos, y sus huevos se perciben aún á traves de los rudos materiales que emplean para resguardar su naciente prole. El jilguero teje artísticamente su cuna, compuesta de musgo, de plumas y del líquen de nuestros árboles frutales. Una miniatura de pájaro, el abadejo de cresta dorada, que no teme la severidad de nuestros inviernos, construye su precioso nido lo más abrigadamente posible, aunque sus pequeños no nacen hasta que llega el buen tiempo. Teje el musgo con la telaraña, y forma de esto un tejido

muy compacto y de un centímetro de espesor, guarnecido por dentro de una profusion tal de plumas, que la madre desaparece cuando está echada sobre sus huevos, y los pequeñuelos parece debían ahogarse bajo un lecho tan blando y por el excesivo calor de su morada. La curruca ó silvia de cabeza negra y otros pájaros que suelen poner por la misma época, son ménos cuidadosos para construir sus nidos. Algunos juncos ó hierbajos groseramente tejidos, y tambien de vez en cuando el lujo de algunas crines ó cabellos, son suficientes para llenar sus modestas aspiraciones. El verderon escoge los cercados; su nido, casi siempre á la vista, está groseramente trabajado, miéntras que el pinzon, instalado sobre el álamo, trata de sustraerse á las miradas de los pasajeros; la forma, la limpieza, el conjunto de su pequeño albergue, todo es perfecto.

Los pájaros escogen para su nido,

unos un agujero bajo tierra, otros cualquier rendija de pared ó árbol. El bouvreil (pájaro del tamaño de la alondra, que tiene el pico negro) busca para sus construcciones las raíces más sólidas. El papamoscas gris, que es el más estimado, recoge las telarañas. Toda la familia de los abejarucos, excepto la especie que acabamos de citar, se alberga generalmente en algun agujero de árbol ó de pared, y no creyéndose aún bastante resguardados, se rodean de plumas y objetos blandos. Infinitos ejemplos vienen á confirmar esa diversidad en las operaciones de los cantores que alegran nuestros valles y nuestros bosques, y no nos permiten duda alguna acerca de esas variaciones que, léjos de ser superfluas, tienden á un objeto útil y coordinado en la admirable economía de la creacion animal.

(Se continuará.)

P. V. O.

ADVERTENCIA.

En lo sucesivo las suscripciones de Madrid á Los NIÑOS se harán en la **Plaza de Matute, 2, librería.**

Los suscritores que viven en provincias pueden dirigir sus abonos, renovaciones ó reclamaciones, al domicilio de D. Carlos Frontaura, Director de Los NIÑOS.—**Serrano, 82, segundo, Barrio de Salamanca, en Madrid.**

Los suscritores que vivan en este Barrio tambien pueden dirigirse para cuanto les ocurra, á la citada casa.